

2015

La tradición en el cambio: raíz del cuento mexicano del siglo XX

Héctor Perea

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Perea, Héctor (April 2015) "La tradición en el cambio: raíz del cuento mexicano del siglo XX," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 81, Article 9.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss81/9>

This Número Monográfico is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA TRADICIÓN EN EL CAMBIO: RAÍZ DEL CUENTO MEXICANO DEL SIGLO XX

Héctor Perea

Instituto de Investigaciones Filológicas -UNAM/SNCA-FONCA

Cualquier estudio sobre el cuento mexicano del siglo XX debería comenzar recordando el hecho de que en este país el desarrollo del género es una tradición, y que no es sino hasta las últimas décadas que se ha concebido como el ejercicio previo para la escritura de novelas. La última consideración se ha debido principalmente a la presión ejercida sobre autores y agentes literarios por editoriales, generalmente españolas, asentadas en México y con especial peso dentro del ámbito de la publicación contemporánea.

Lo primero es un asunto que siendo contrastante con lo que ha sucedido históricamente en países que han ejercido una influencia determinante en México por causas geopolíticas, resulta natural ante el ejemplo de algunas otras regiones de Hispanoamérica. Pero además lo es por el hecho de que en los Estados Unidos y Canadá, países vecinos, esta misma inclinación a ver al cuento como un género de particular valor ha ocurrido durante buena parte de sus devenires literarios. Por otro lado la cuentística en México, incluida la de corte breve que hoy se practica en el país, se ha visto emparentada por momentos con la ensayística e incluso con cierto tipo de poesía. En parte por su precisión y economía de medios. Aunque también, y principalmente, por su contundencia y calidad en el uso del lenguaje y por la magia contenida en ciertas vertientes de la escritura narrativa. En este sentido, muchas veces la narración breve comparte con los dos géneros referidos características que en cierta forma podríamos considerar también como valores con resonancia poética de muy distinta índole. Bastaría acercarnos a las obras mayores de Juan Rulfo y Juan José Arreola para descubrir esto último. Pero también al hecho de que la ambigüedad y el uso de la imagen son elementos clave dentro del arte cuentístico.

Con antecedentes ilustres de autores que ejercieron esta práctica en el siglo XIX, de la importancia de Manuel Gutiérrez Nájera o Vicente Riva Palacio, el cuento mexicano del siglo XX constituye la madurez del género pero también de una forma de ver la creación literaria. Desde “La cena”, cuento escrito por Alfonso Reyes a principio del siglo anterior que anticiparía algunas características de la narrativa vanguardista europea; o las narraciones de corto aliento de Julio Torri que lograron aproximar la escritura breve y la ensayística como nunca antes lo habían conseguido las letras de este país, se llega con naturalidad a las obras ya señaladas de Rulfo y Arreola. Aunque también a las extraordinarias narraciones de José Revueltas, Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia, Juan de la Cabada, Salvador Elizondo, José Emilio Pacheco. A las de escritoras como María Enriqueta Camarillo, Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila, Inés Arredondo o Elena Garro. Claras muestras, todas ellas, de que el género del cuento había conseguido al fin un lugar preeminente entre la creación literaria de habla hispana.

Pero el cuento mexicano del siglo pasado, en su amplitud de miras y de nombres, de vertientes escriturales y temas, no se limitó a ser el medio de creación preferido de los que conseguirían constituirse como los grandes nombres, sino que se extendió, en cuanto a gusto y práctica habitual e incluso profesional, a muchos otros autores y autoras literarias de las más variadas características.

1ª 1900-1930

Las primeras tres décadas del siglo XX representan el tránsito del México porfirista al postrevolucionario. Si la modernidad material y administrativa parecía lograda durante los casi 40 años de gobierno liberal, al principio, y luego dictatorial de Díaz—que de héroe de la batalla del 5 de mayo de 1862 había pasado a eterno ganador de elecciones amañadas—, la opresión social y el contraste económico entre la clase pudiente y el pueblo explotado resultarían ya insoportables hacia el primer decenio del siglo XX. El inicio de la Revolución de 1910 estuvo marcado por la necesidad de un vuelco completo a nivel de distribución de la riqueza económica, de aplicación de la justicia social y, en general, del ejercicio de poder. Pero además, entre los primeros reclamos de los inconformes con la situación general estuvo el de una educación adecuada a las necesidades reales del país, que reincorporara el aprendizaje de las humanidades, y la construcción de un ambiente cultura cosmopolita que incluyera a la sociedad entera. Bajo estos postulados, entre 1907 y 1914 se manifestaría en México un grupo de jóvenes intelectuales, artistas y profesionistas especialmente significativo. El conocido originalmente como Sociedad de Conferencias que, a partir de 1910, se convertiría en la generación del Ateneo de la Juventud. Institución independiente reconvertida hacia 1914, con muchos de sus miembros en el exilio, en el Ateneo de México.

Formados dentro de la educación positivista, el grupo de jóvenes que expresaría con libertad sus críticas a esta filosofía tenía como ejemplo a seguir a personalidades del pasado mexicanos como Francisco Xavier Clavijero y Servando Teresa de Mier. Pero también a figuras más próximas a su tiempo, como los liberales que aun siendo cercanos a Díaz se manifestaban como autores independientes o posibles alternativas para sustituir al gobierno dictatorial. Entre ellos figuraban Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez y Justo Sierra, que presidiría el nuevo proyecto de Universidad Nacional nacido en 1910.

Entre los autores que comienzan a destacar en estos años están varios pertenecientes al Ateneo de la Juventud. Figuras relevantes del mismo, en el ámbito de la narrativa breve, fueron Alfonso Reyes (1889-1959), que en este periodo publicó en Madrid *El plano oblicuo* (1920); Isidro Fabela (1882-1964), con *La tristeza del amo*, aparecido en Madrid en 1915; Genaro Fernández Mac Gregor (1883-1959), con un título en la editorial Andrés Botas: *Novelas triviales* (1918); Carlos González Peña, autor de *El hidalgo del amor, seguido de Fantasmas* (1918); Julio Torri (1889-1970), con un título en México, engañoso en cuanto al género, *Ensayos y poemas* (1917), y otro en Costa Rica, *Ensayos y fantasías* (1918), y la más prolífica de todos, María Enriqueta Camarillo (1872-1968), con *Sorpresas de la vida* (1921), *Entre el polvo de un castillo* (1924), *Enigma y símbolo* (1926), *Lo irremediable* (1926), *Cuentecillos de cristal* (1928) y *Mi amiga* (1928). Todos, libros publicados en España o Argentina.

De entre los allegados a El Ateneo y pertenecientes a la versión ampliada del mismo, la generación del Centenario—de la Independencia de México—, que no llegaron a ser miembros del primero sólo a causa de asuntos circunstanciales, estaría un personaje esencial tanto para los exiliados de la Revolución como para los del futuro exilio republicano español. Me refiero al sinaloense Genaro Estrada (1887-1937), que como funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México protegería a la distancia a los autores-diplomáticos nacionales. Cosa que después haría, ya sin cargo, con José Moreno Villa. De Estrada apareció en su país, en 1921, su libro de prosas colonialistas *Visionario de la Nueva España*.

En relación con lo anterior, uno de los primeros exiliados del movimiento insurgente mexicano fue el médico, político y diplomático campechano José Manuel Puig Casauranc (1888-1939), perteneciente al principio al bando democrático y, más adelante, a los polémicos grupos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. El también Secretario de Relaciones Exteriores no figura por lo general en el canon literario de su época. Sin embargo, en estos primeros treinta años del siglo—y todavía un poco después—Puig Casauranc publicó en México los siguientes volúmenes de cuentos: *De la vida (cuentos crueles)* (1922), *De otros días. Cuentos de la costa y cuentos crueles* (1926) y *De la vida que pasa* (1927). Personaje importante en el movimiento educativo y cultural vasconcelista, que significó un auténtico parteaguas en la política mexicana, fue el oaxaqueño Andrés Henestrosa (1906-2008), que ya de adulto aprendería el

español. Henestrosa publicó en 1929 un libro especialmente importante en su bibliografía y en la historia de la literatura mexicana: *Los hombres que dispersó la danza*. José María González de Mendoza (1893-1967), conocido en el ambiente cultural como El Abate de Mendoza –uno de sus muchos pseudónimos–, fue un escritor, académico y diplomático cercano a diversos autores del Ateneo de la Juventud y también cuentista. En el periodo abarcado aquí publicó *La emoción dispersa* (1919) y *El hombre que andaba y otros cuentos verosímiles* (1925). Caso aparte es el del anti porfirista y, de hecho, anarquista próximo en algún momento al movimiento de Emiliano Zapata Ricardo Flores Magón (1873-1922). El periodista Flores Magón fue preso frecuente en México y en los Estados Unidos y, de hecho, moriría en esta condición. Pero también se dio el tiempo para escribir y publicar el libro de cuentos *Vida nueva* (1922). Póstumamente aparecerían otros dos volúmenes suyos en esos años, *Sembrando ideas* (1923) y *Rayos de luz* (1924).

Entre los nombres destacados de este momento editorial, en el campo de la narrativa breve, están algunos de autores contemporáneos de los anteriores o un poco más jóvenes. Todos identificados en seguida con el género. Efrén Hernández (1904-1958) daría a la imprenta *Tachas* (1928); José Mancisidor (1894-1956), *Cómo cayeron los héroes* (1930); Francisco Monterde (1894-1985) fue autor de varios títulos, entre ellos *El madrigal de Cetina*, *El secreto de la escala* (1918), *Kid* (1925) y *Un autor novel* (1925); Rafael F. Muñoz (1899-1972), escritor prolífico también editaría entonces *El hombre malo*, *Villa ataca Ciudad Juárez*, *La Marcha nupcial* (todos de 1930), *El feroz cabecilla*. *Cuentos de la Revolución en el Norte* (1928); el luego muy conocido Francisco Rojas González (1904-1951) publicó *Historia de un frac* (1930); José Rubén Romero (1890-1952), creador del personaje de Pito Pérez, editó *Cuentos rurales* (1915). Otros autores con obras en ese periodo, algunos de ellos futuras personalidades de las letras mexicanas en varios géneros, fueron: María Luisa Ross (1880-1945), con *Cuentos sentimentales* (1916); Mariano Silva y Aceves (1887-1936), con *Arquilla de marfil* (1916), *Campanitas de plata* (1925), *Anímula* (1920), *Cara de virgen* (1919); Agustín Yáñez (1904-1980), con *Ceguera roja* (1923), *Divina floración: miscelánea de caridad* (1925), *Llama de amor viva*. *Cuento de amor* (1925). Algunos escritores más llamarán la atención de los lectores y la crítica, por considerárseles como autores relevantes en otros géneros literarios o por haber sido sobre todo periodistas. Entre ellos Manuel Horta (1897-1983), con *Vitales de capilla* (1917), *El tango de Gaby* (1921), *Vida ejemplar de D. José de la Borda* (1928); Guillermo Jiménez (1891-1967), con *Almas inquietas* (1916), *Del pasado* (1917), *La de los ojos oblicuos* (1919), *La canción de la lluvia* (1920), *Constanza* (1921), *La ventana abierta* (1922), *Cuaderno de notas* (1929); Julio Jiménez Rueda (1896-1960), con *Cuentos y diálogos* (1918); Germán List Arzubide (1898-1998), autor de ¡Mueran los gachupines! *Relatos históricos del vivir contemporáneo* (1924); José de Jesús Núñez y Domínguez (1887-1959), con *Cuentos mexicanos* (1925), y Alfonso

Taracena (1896-1995), que daría a la prensa *Cuentos frente al mar* (1930) y *Diez personajes extravagantes* (1930).

2º 1931-1960

Los años que van del inicio de la década de los treinta hasta llegar a 1960 son especialmente ricos en acontecimientos políticos y culturales en México. El proceso revolucionario había creado en el país la perspectiva de nuevas relaciones entre los muchos actores políticos involucrados. Así como entre el Estado y el pueblo. Pero la guerra intestina había llevado también a un enfrentamiento cruento entre distintas facciones, sobre todo militares, en su lucha por el poder. Por otro lado, la mortandad en la sociedad civil resultaría sin precedentes en México. La corta duración en el poder de los diversos líderes vencedores a lo largo de la contienda, entre los que se contaron Francisco I. Madero, Victoriano Huerta, Venustiano Carranza o Álvaro Obregón, marcaría al movimiento con una impronta de fragilidad que no ayudaba en absoluto a consolidar la imagen de solidez y seguridad que se quería crear hacia el exterior, de estabilidad política, económica y social. Frente a lo anterior, un indicativo importante de que el cambio a fondo era difícil pero no imposible lo estableció el hecho de que en 1934 llegara al poder el general Lázaro Cárdenas. Su Gobierno de izquierda tuvo entre algunas de sus metas principales el fortalecimiento educativo y cultural del país, así como la incorporación de la explotación petrolera al proceso de desarrollo de México. En medio de su gestión, el gobierno cardenista intervino además, ya fuera de manera velada como explícita en algún momento, en el apoyo a la causa de la Segunda República en España. Esta postura culminaría con la atracción al país de buena parte del exilio republicano producto de la caída del gobierno hispano democráticamente electo. En el ámbito cultural, la asimilación del conocido también como transtierro republicano significó un refuerzo para los dos campos antes mencionados y especialmente apoyados por el Gobierno nacional: la educación y la cultura.

En el campo literario, y en especial en el cuentístico, el panorama no podría haber sido mejor para México. Una circunstancia parecida a la establecida con la llegada al país de los nuevos españoles se repetiría en esos años y en años posteriores gracias al arribo a México de otros grupos de exiliados, ya fueran de la segunda guerra mundial como los producidos por las dictaduras militares centro y sudamericanas. Autores de la talla de Max Aub, en el caso de España; Augusto Monterroso y Luis Cardoza y Aragón, de Guatemala; y de multitud de futuros escritores que llegaba a México como adolescentes, para terminar de formarse en el país—José de la Colina, Angelina Muñiz Huberman, Federico Patán, Paco Ignacio Taibo, por ejemplo—, fueron desde un principio no sólo presencias ineludibles en los foros literarios sino partícipes efectivos en el desarrollo cultural del México de entonces.

En el periodo que va de 1931 a 1960 continuarán figurando algunos de los nombres de cuentistas ya presentes en el primer cuarto del siglo XX. Pero será también el momento en que surjan algunas de las firmas más importantes de la narrativa breve mexicana de todos los tiempos. Además, si en los treinta años anteriores habían comenzado a destacar algunas escritoras dentro de un contexto claramente masculino, en los siguientes seis lustros la presencia femenina incluirá ya a autoras con una calidad de escritura fuera de serie. Ex miembros del Ateneo de la Juventud --renombrado en 1914, como ya se dijo, Ateneo de México-- seguirían produciendo. Mientras los grupos Contemporáneos y Estridentista aportaban a la burocracia cultural y a la diplomacia autores también en plena creatividad literaria y artística. Hacia finales de este periodo nacerá una generación importante que poco después sería el aglutinante de muchas de las inquietudes políticas derivadas del movimiento estudiantil de 1968. Y desde el campo cultural, antena y proyección de lo que, en el ámbito de las neo vanguardias, se venía produciendo en Europa y los Estados Unidos. Me refiero a la generación de medio siglo.

Antonio Acevedo Escobedo (1909-1985), escritor, periodista y académico, que seguiría las ideas de José Vasconcelos al trabajar en el periódico *La Antorcha*, en los años considerados aquí publicó los siguientes volúmenes de cuento: *Sirena en el aula* (1935), *En la Feria de San Marcos* (1951), *Al pie de la letra* (1953) y *Los días de Aguascalientes* (1952). Mariano Azuela (1873-1952), quien ya había dado a imprenta en 1915 su novela revolucionaria emblemática, *Los de abajo*, produciría en estos años los volúmenes de cuentos *El jurado* (1945) y *3 cuentos* (1955). Nelly Campobello (pseudónimo de Francisca Ernestina Moya), bailarina y coreógrafa además de escritora, por un tiempo cercana a Martín Luis Guzmán, uno de los miembros más destacados del Ateneo de la Juventud, surge en este momento como una de las grandes figuras de la cuentística mexicana de la revolución, gracias a su libro *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México* (1931), considerado como un clásico del género. En 1938 dará a la imprenta otro volumen, titulado *Las manos de mamá*. Poco después publicaría en la editorial de la que era fundador y socio Guzmán *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940). Caso interesante en el campo de la narrativa breve será el de una autora reconocida sobre todo en otro género, el de la poesía, que sin embargo en el cuento tuvo también una participación no siempre citada. Guadalupe (Pita) Amor (1920-2000), poeta y actriz, editó en 1959 el volumen *Galería de títeres*. Contemporánea suya fue la abogada feminista y escritora policial María Elvira Bermúdez (1916-1988). Con una inclinación neo vanguardista frente al tratamiento de la prosa --hecho que la vincularía con un coetáneo, Pedro F. Miret--, Bermúdez inició su larga carrera cuentística con *Soliloquio de un muerto* (1951).

El panorama de la creación femenina en este género, quizá la estilísticamente más poderosa en la historia de la narrativa breve nacional, se inició en estas décadas. Y continuó con enorme fuerza durante al menos dos más. Los volúmenes

de cuento de estos años de Rosario Castellanos (1925-1974), Amparo Dávila (1928), Guadalupe Dueñas (1910-2002), Beatriz Espejo (1939), Mariana Frenk-Westheim (1898-2004), Elena Poniatowska (1932) y Margarita Urueta (1916-2004) serían anticipo y muestra actual de verdaderos hitos en la historia de la literatura mexicana de Inés Arredondo y Elena Garro. Pero también, hay que señalar que los libros de todas ellas fueron contemporáneos de trabajos escritos por otras autoras menos reconocidas o absolutamente olvidadas que valdría la pena recuperar, al menos en parte, desde la perspectiva de la crítica y desde la lectura sin prejuicios. Forman parte del conjunto Carmen Báez (1909-1999), Raquel Banda Farfán (1928), Rosa Eugenia Castillo Dávila (1923), Emma Dolujanoff (1922), Adela Formoso de Obregón (1905-1981), Julia Hernández Terán (1925), María Luisa Hidalgo (1918-1990), María Lombardo de Caso (1905-1964), Elsa López de Llarena (1917-1990), María Luisa Melo de Remes (1909), Ángeles Mendieta Alatorre (1919-1984), Adela Palacios (1908), Carmen Rosenzweig (1925), Blanca Lydia Trejo (1906-1970) y Guadalupe (Tita) Valencia Nieto (1937).

Entre los libros que por su singularidad resultan más destacables de los escritos por mujeres pertenecientes a generaciones coincidentes en este periodo están *Ciudad Real* (1960), de Rosario Castellanos; *Muerte en el bosque* (1959) y *Tiempo destrozado* (1959), de Amparo Dávila; *Las ratas y otros cuentos* (1954) y *Tiene la noche un árbol*, de Guadalupe Dueñas, y *La otra hermana* (1958), de Beatriz Espejo. Sin embargo, para tener una idea real del panorama sería fundamental hacer un estudio en detalle de las obras de las otras autoras, sobre todo las de difícil acceso.

Como en el caso de algunas autoras de prestigio consolidado, entre 1931 y 1960 surgieron varias de las firmas mayores de la literatura masculina mexicana. Otras tantas seguirían consolidando su trayectoria. Juan José Arreola (1918-2001) escribió entonces *Gunther Staphenhorst (y el fraude)* (1946), *Varia invención* (1949), *Cinco cuentos* (1951), *Confabulario y Varia invención (1951-1955)* (1955), *Bestiario. En punta de plata* (1958), *Bestiario* (1959) y *Cuentos* (1960). De Fernando Benítez (1912-2000), gran impulsor y creador de muchas de las líneas que seguiría el periodismo cultural en el país gracias a publicaciones periódicas como *México en la Cultura* y *La Cultura en México*, aparecieron *Caballo y Dios: relatos sobre la muerte* (1945) y *El rey viejo* (1959). El diplomático y escritor Rafael Bernal (1915-1972), quizá el primer escritor policiaco mexicano, daría a la imprenta *Trópico* (1946). Juan de la Cabada (1902-1986), miembro de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y piedra de toque de la cuentística mexicana, contaría con dos títulos en el periodo: *Paseo de mentiras* (1940) e *Incidentes melódicos del mundo irracional* (1944). Cipriano Campos Alatorre (1906-1934) concentró lo principal de su obra revolucionaria en el volumen *Los fusilados* (1934). En 1952 publicaría *Seis cuentos y un fragmento de novela*. Emmanuel Carballo (1929-2014), editor e influyente crítico literario de la generación de medio siglo, publicaría por entonces su único libro de

ficción cuentística, *Gran estorbo la esperanza* (1954), y, también ejemplo de interesantes olvidos en el ámbito literario, el académico y miembro del conocido grupo de los Siete Sabios, Antonio Castro Leal, haría lo propio y daría entonces a la imprenta *El laurel de San Lorenzo* (1959). En 1934 el también poeta y ensayista Eduardo Colín (1880-1945) publicó su único volumen de cuentos, *Mujeres*. Ese mismo año nacería uno de los principales representantes de la generación de medio siglo y de la confluencia México-España producto de la segunda generación del exilio republicano asentado en México: José de la Colina (1934). De la Colina, editor y articulista periodístico cuyas historias han sido trasladados al cine, se inició como narrador con *Cuentos para vencer a la muerte* (1955), publicado por Los Presentes, la colección mítica de Juan José Arreola. De la Colina continuaría en este periodo su ya amplia trayectoria con *Ven, caballo gris y otras narraciones* (1959). El autor hispano mexicano recuerda en cierta forma a otro cuentista de su generación vinculado con el cine. Algunas de sus narraciones breves fueron también adaptadas a la pantalla: Juan Manuel Torres (1938-1980). El veracruzano fue autor de *El mar* (1967) y *El viaje* (1969). Isidro Fabela es uno de los autores ya mencionados que en este segundo cuarto del siglo XX incrementaría su producción con dos títulos: *¡Pueblecito mío!* (1958) y *Cuentos de París* (1960). Jorge Ferretis (1902-1962), político, periodista y escritor con cierta resonancia en su momento, después de su muerte accidental sería más bien olvidado. Sus libros de cuento publicados antes de 1960 fueron *Hombres en tempestad* (1941) y *El coronel que asesinó a un palomo y otros cuentos* (1952). También en estos años inició su carrera el que ha sido considerado como el primer escritor profesional mexicano, Carlos Fuentes (1928-2012). Autor de perfil cosmopolita, que igual se desarrolló en el ensayismo como en la narrativa, en el periodismo como en la academia y la diplomacia, Fuentes publicó en los años cincuenta su primer volumen de cuento, considerado aún como uno de los mejores de su obra total y significativo dentro de la narrativa breve de habla hispana: *Los días enmascarados* (1954). Contemporáneo suyo fue Sergio Galindo, importante no sólo por su obra literaria sino por haber fundado tres de los proyectos más influyentes de su tiempo: la editorial de la Universidad Veracruzana; la colección Ficción, dentro de la misma, y la revista *La Palabra y el Hombre*. Novelista y cuentista, Galindo publicó su primer volumen de relatos, *La máquina vacía*, en 1951. Ricardo Garibay (1923-1999), personaje del periodismo escrito y televisivo, fue autor de cuento, novela, crónica, ensayo y teatro. Su considerable obra cuentística comenzó a aparecer en estos años y no cesó sino hasta 1998. Su primera obra en este género sería una *plaque*, *La nueva amante* (1949), a la que seguirían, hasta concluir este periodo, *Cuadernos* (1950), *Cuentos* (1952) y *El coronel* (1955).

Entre los autores que resaltan en el periodo están Pablo González Casanova (1889-1936), con *Cuentos indígenas* (1946) y *Nuevo cuento de cuentos* (1944). Enrique González Martínez (1871-1952), autor de *Cuentos y otras páginas* (1955). Fedro Guillén (1921-1994), con *Atrás está la bruma* (1948). Alfonso Gutiérrez

Hermosillo (1905-1935), que publicaría *Mi tío don Jesús y otros relatos* (1945). Henestrosa, con *El retrato de mi madre* (1940). Efrén Hernández, uno de los escritores más relevantes de las letras mexicanas, publicó *El señor de palo* (1932), *Cuentos* (1941), *Sus mejores cuentos* (1956). Guillermo Jiménez daría a la prensa *Zapotitlán. Lugar de zapotes* (1933) y Vicente Leñero (1933-2014) *La polvareda y otros cuentos* (1959). Más conocido como poeta, Eduardo Lizalde (1929) publicó *La cámara* (cuentos y relatos) (1960). Eduardo Luquín (1896-1971) hizo lo propio con *Figuras de papel* (1932), *Triángulo* (1936), *Espejismo* (1938), *Verde y azul* (1939), *Extranjero en la tierra* (1944), *Agua de sombra (relatos)* (1945). Jorge López Páez (1922) escribió *El que espera* (1950), *Los mástiles* (1955), *Los invitados de piedra* (1961). Gregorio López y Fuentes (1897-1966) editaría *Cuentos campesinos de México* (1940) y Sergio Magaña (1924-1990) *El ángel roto* (1946) y *El padre nuestro* (1947). Mauricio Magdaleno (1906-1986) publicó *El compadre Mendoza* (1934) —que en su versión cinematográfica resulta una de las cintas más interesantes de la época de oro—, *El baile de los pintos* (1936), *Papel de clima* (1948) y *El ardiente verano* (1954). José Mancisidor (1894-1956) editó *La primera piedra* (1950) y *Me lo dijo María Kaimlová* (1955). Porfirio Martínez Peñalosa (1916-1992), *Tres relatos de amor* (1949). José Martínez Sotomayor (1895-1980), *Lentitud* (1933), *Locura* (1939), *El reino azul* (1952) y *El puente* (1957). Juan Vicente Melo (1932-1996), *La noche alucinada* (1956). El también periodista radiofónico Tomás Mojarro (1932), *Cañón de Juchilapa* (1960). Francisco Monterde, *Cuentos mexicanos* (1936), *Galería de espejos* (1937), *Fábula sin moraleja y finales de cuentos* (1942), *El temor de Hernán Cortés* (1943), *Moctezuma, el de la silla de oro* (1945), *El mayor Fidel García* (1946), *Moctezuma II, el señor de Anáhuac* (1947). Por su parte, Héctor Morales Saviñón (1913) publicó *Cuentos* (1940), *Mejor el recuerdo* (1940), *Él* (1946) y *Yo* (1952). Gerardo Murillo (1875-1964), gran artista e inventor de técnicas pictóricas, escribió *Cuentos de todos colores, 1* (1933), *Cuentos de todos colores, 2* (1936) y *Cuentos de todos colores, 3* (1941). Rafael F. Muñoz, *Si me han de matar mañana* (1934), *Fuego en el Norte. Cuentos de la Revolución* (1960). El también periodista José de Jesús Núñez y Domínguez (1887-1959) publicó *Gestas del solar nativo* (1931). Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949), miembro del grupo Contemporáneos, editó *Cinco horas sin corazón* (1940) y *El caso de mi amigo Alfaceta* (1946). El entonces muy joven José Emilio Pacheco (1939-2014) publicó *La sangre de Medusa* (1955). El inclasificable Francisco Tario (Francisco Peláez) (1911-1977), *La noche* (1943), *La puerta en el muro* (1946), *Yo de amores que sabía* (1950), *Breve diario de un amor perdido* (1951), *Tapioca INN. Mansión para fantasmas* (1952) y *La noche del féretro y otros cuentos de la noche* (1958). Sergio Pitol (1933), personaje determinante en la introducción de nuevos autores al país, dio a la imprenta *Victorio Ferri cuenta un cuento* (1958) y *Tiempo cerrado* (1959). Raúl Prieto (1918-2003), *Hueso y carne* (1956). José Manuel Puig Casauranc continuó publicando y Raymundo Ramos (1934), conocido sobre todo como profesor universitario,

inició una interesante trayectoria con títulos como *Muerte amurallada* (1958) y *Enroque de verano* (1958). José Revueltas (1914-1976), uno de los autores señeros de las letras mexicanas, publicó entonces varias obras, algunas de las cuales serían desde entonces clásicos modernos de las letras mexicanas, como *Dios en la tierra* (1941) y *Dormir en tierra* (1960). Alfonso Reyes continuaría su trabajo en varios géneros y Salvador Reyes Nevares (1922-1993) publicaría su único libro de cuentos, *Frontera indecisa* (1955). Francisco Rojas González dio a imprenta, entre otros, los siguientes títulos, *El pajareador. Ocho cuentos* (1934), *Sed. Pequeñas novelas* (1937), *Chirrín y la celda 18* (1944), *Cuentos de ayer y hoy* (1946), *La última aventura de Mona Lisa* (1949) y José Rubén Romero *Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero* (1945). También dentro de estos treinta años comienza a escucharse el nombre de un escritor que llegaría a ser muy popular, Ramón Rubín (1912-1999), autor de multitud de títulos dentro del género, como *Cuentos del medio rural mexicano* (1942), y Juan Rulfo (1917-1986) publicará en 1953 *El llano en llamas*, donde se encuentra ya en germen la novela *Pedro Páramo*. Por otro lado, Rubén Salazar Mallén (1905-1986) edita *Dos cuentos* (1932), *Ejercicios* (1952) y *El sentido común* (1960) El valenciano-mexicano Tomás Segovia, conocido sobre todo como poeta y ensayista, publicará también libros de cuento como *Primavera muda* (1954). Silva y Aceves continúa publicando y Rafael Solana (1915-1992) escribe *La trompeta* (1941), *La música por dentro* (1943), *Los santos inocentes* (1944) y varias obras más. Aparte de Arturo Sotomayor, quien publica *Sombras bajo la luna. Cuentos y ensayos* (1948), otro autor, de perfil más bien discreto, Arturo Souto Alabarce, hijo de uno de los pintores más importantes llegados con el exilio republicano y futuro autor de *Coyote 13 y otras historias* (1997), uno de los libros más interesantes de la generación de medio siglo, dará a la imprenta en este periodo *La plaga del crisantemo* (1960). Caso aparte es el de Luis Spota (1925-1985), autor de *De la noche al día* (1944) y *El coronel fue echado al mar* (1947) que se volvería uno de los escritores de *best sellers* más leídos en México durante décadas. Entre 1931 y 1960 Alfonso Taracena siguió publicando libros de cuentos, así como Francisco Tario y Julio Torri. Un autor clave en el impulso del género, no sólo por su obra personal sino también por la importante difusión de la cuentística de habla hispana que realizó a través de su revista *El cuento* fue Edmundo Valadés (1915-1994). Su libro más destacado, un hito dentro de nuestra literatura, sería *La muerte tiene permiso* (1955). Agustín Yáñez, mejor conocido por sus novelas, había impreso para entonces varios libros de narrativa breve. Durante estas tres décadas publicaría, entre otros muchos títulos, *Baralípton* (1931), *Espejismo de Juchitán* (1940), *Flor de juegos antiguos* (1941) y *Esta es mala suerte* (1945). Dentro de un registro absolutamente distinto al de Yáñez y muchos de los anteriores, Eraclio Zepeda (1937), escritor que sumaría a su condición de cuentista puro la característica de ser el cuenta cuentos más original que ha dado México, publicó un libro absolutamente fuera de serie: *Benzulul* (1959).

3° 1961-1990

El periodo que va de 1961 a 1990 resulta de particular importancia, tanto dentro de la historia moderna de México como en cuanto al desarrollo cultural del país. En la primera década se llevarán a cabo las Olimpiadas y se consolidará la llamada generación de medio siglo, que tendría su contrapartida en otros países como España. Pero tanto una como otra manifestación se vieron condicionadas por el conflicto político de mayor peso en el México del siglo XX: el movimiento estudiantil de 1968, que culminaría con la masacre de la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco pocos días antes de comenzar la justa deportiva. Competencia que, por cierto, por primera vez incluiría un festival conocido bajo el nombre de Olimpiada Cultural y que daría, entre sus resultados palpables, la Ruta de la Amistad, un corredor urbano dedicado a la escultura contemporánea mundial, aún hoy existente a pesar de los embates de la modernidad urbanística.

Influido desde luego por los reclamos universitarios y sociales en general, el movimiento cultural mexicano fue permeado también por otros elementos determinados a su vez por la política internacional. No sólo la literatura y el arte sino prácticamente todas las manifestaciones creativas y educativas de esta primera década estudiada y de las dos siguientes fueron complementadas con la presencia de artistas de distintas disciplinas, muchos de ellos docentes por añadidura, llegados a México de Europa, Centro y Sudamérica e incluso de los Estados Unidos. Los exilios provocados por las guerras de España y Mundial, de esta forma, continuarían ejerciendo su poderosa influencia al interior del desenvolvimiento cultural mexicano. Pero se encontrarían ahora reforzados por sus pares americanos. Lo que habría que tener muy en cuenta es que este movimiento, de enorme importancia para México, fue a su vez, en la mayoría de los casos, profundamente afectado por los propios artistas mexicanos que desarrollaban propuestas originales por entonces en medios como el literario, el plástico, el teatral y el cinematográfico, así como en el incipiente pero poderoso arte multimedia en el que, a partir de artistas indefinibles como Ulises Carrión (1941-1989) y Alejandro Jodorowsky, se comenzaba a experimentar con propuestas extremas.

En el campo de la literatura, este periodo corresponderá además al surgimiento de un pequeño grupo, conformado en su versión básica por tres autores de culto para la juventud de entonces. Me refiero a la generación de la onda. Margo Glantz, académica y escritora mexicana creadora del término, incluiría dentro de la misma a Parménides García Saldaña, autor de muy pocas páginas antes de morir; Gustavo Sáinz y José Agustín Ramírez. Con una prosa suelta, en la que se asimilaba de la manera más natural el lenguaje, la jerga de buena parte de la juventud mexicana, sobre todo la vinculada al movimiento roquero de ese momento, esta tríada de autores crearía escuela en la generación siguiente, la hoy conocida con el absurdo nombre de los nacidos en los cincuentas. Libros de cuentos emblemáticos de la onda fueron *Inventando que sueño*, de Agustín,

trabajado dentro del taller del Centro Mexicano de Escritores y aparecido justo en 1968; *El rey criollo* (1970), de García Saldaña, el autor quizá más atractivo por las expectativas de nuevas y más radicales obras frente a las que su autor había creado hasta entonces, y *Cuentos del futuro* (1975), de Gustavo Sáinz, quien se convertiría en un reconocido profesor de la UNAM justo en los años del movimiento poético infrarrealista en que se lleva a cabo *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño. Con el tiempo José Agustín, García Saldaña y Sáinz serían conocidos sobre todo por su labor como novelistas. Pero por entonces practicaban también el cuento.

De entre los principales herederos del grupo y del ambiente creado alrededor de la onda, cuando menos en una primera etapa de su proceso creativo, estarían autores de la importancia de Juan Villoro, Fabrizio Mejía Madrid—nacido además en el 68—y Rafael Pérez Gay. Aunque creo que tanto ellos como la mayoría de los narradores mexicanos nacidos en los cincuentas han sido también lectores asiduos de la generación inmediatamente anterior, la de medio siglo. Y que Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Inés Arredondo, Amparo Dávila, Rosario Castellanos, Sergio Pitol, Salvador Elizondo han ido moldeando también parte de sus gustos e inclinaciones literarias. Habría que considerar además que la de los nacidos en los cincuentas se ha caracterizado por ser una generación de autores cosmopolitas.

Entre 1961 y 1990 aparecieron en México, o fuera del país, libros de autores ya con trayectoria como Alfonso Reyes, Antonio Acevedo Escobedo, Rafael F. Muñoz, Juan José Arreola y Juan de la Cabada. Pero también se dieron ya al lector las primeras muestras de cuentistas que a partir de entonces comenzarían a posicionarse dentro de nuevas formas de narrativa breve. Algunos de ellos se convirtieron en voces con auténtica personalidad dentro del género. Otros consolidarían lo iniciado y seguirían produciendo dentro de distintas vías. De esta forma cuentistas modélicos, aún jóvenes, como Inés Arredondo (1928-1989), Ulises Carrión, Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila, Salvador Elizondo, Carlos Fuentes, Sergio Galindo, Juan García Ponce, Elena Garro, José Emilio Pacheco, convivirían en el ámbito editorial y cultural con otros del corte de Héctor Aguilar Camín (1946), René Avilés Fabila (1940), Marco Antonio Campos (1949), Federico Campbell (1941-2014), Gonzalo Celorio (1948), Alberto Dallal (1936), Jesús Gardea (1939-2000), Hernán Lara Zavala (1946), Héctor Manjarrez (1945), Ángeles Mastretta (1949), Luis Arturo Ramos (1947), Raúl Renán (1928), Gerardo de la Torre (1938), Juan Tovar (1941), Bárbara Jacobs (1947), Óscar de la Borbolla (1949), Humberto Guzmán (1948), Álvaro Ruiz Abreu (1947), María Luisa Puga (1944-2004), Guillermo Samperio (1948), Felipe Garrido (1942). Y los anteriores, a su vez, estarían presentes en las mismas redacciones de revistas y suplementos culturales, en los cafés y las editoriales, con la generación emergente, conformada por autores como Juan Villoro (1956), Rosa Beltrán (1960), Adolfo Castañón (1952), Carlos Chimal (1954), Ana Clavel (1961), Alberto Ruy Sánchez (1951), Luis Humberto Crosthwaite (1962), Josefina

Estrada (1957), Emiliano González (1955), Ethel Krauze (1954), Mónica Lavín (1955), David Martín del Campo (1952), Emiliano Pérez Cruz (1955), Armando Pereira (1950), Fabio Morábito (1955), Eusebio Ruvalcaba (1951), Bernardo Ruiz (1953), Vicente Quirarte (1954), Daniel Sada (1953-2011), Francisco Segovia (1958), Luis Zapata (1951), Leo Eduardo Mendoza (1958), Agustín Ramos (1952), Enrique Serna (1959), Héctor Alvarado (1957), Armando Vega-Gil (1955), Melba Alfaro (1955), Rosina Conde (1954), entre otros.

3° 1991-2000

La última década considerada en el Sitio *Fuentes para la historia del cuento hispanoamericano. Siglo XX* (<http://www.cuentohispanoamericano.com/>) contempla un hecho significativo en la vida política del país. Y es el desgaste final del gobierno priista que llevó, hacia fines de 2000, al cambio de partido e ideología—si esto cabe—en la conducción de México. En el campo de la creación literaria mexicana la repercusión de la crisis se venía apreciando y proyectando ya desde la antesala del giro político que, de hecho, marcó un antes y un después en el sendero posrevolucionario. Por primera vez se tenía la esperanza de experimentar en carne propia con, al menos, una manera nueva de concebir las necesidades de desarrollo político y social. Pero repito que las manifestaciones que culminarían con el tan sonado cambio se percibían ya desde tiempo atrás en el terreno de la creación literaria. En la llamada literatura del norte o del desierto, importante en el caso de nuestras letras por el calibre de los autores que la habían venido desarrollando históricamente, se inició y consolidó una nueva vía de creación: la referida al universo del narco menudeo y de todas sus variantes criminales —la extorsión, el secuestro, el crimen colectivo, etc.—. Desde el punto de vista económico, en 1996 nacería, sin vinculación con la droga así conocida pero sí con el quiebre económico sufrido por el país, la autollamada generación del crack. Jorge Volpi (1968), Ignacio Padilla (1968), Eloy Urroz (1967), Pedro Ángel Palau (1966), Ricardo Chávez Castañeda (1961) y el editor Vicente Errasti fueron sus integrantes y promotores. Tanto el trabajo literario como la difusión de sus postulados y obras los autores las harían, curiosamente, desde el interior de la academia. Aunque también desde el extranjero y no a partir de una posición de exilio franco o velado, como había pasado en el caso del Ateneo de la Juventud. Elaborando sus obras en universidades de Europa y los Estados Unidos principalmente, y siempre en contacto unos con otros gracias al correo electrónico, lo que el grupo intentó fue romper, en cuanto a los temas por abordar, con las ideas nacionalistas que, en su opinión tanto habían afectado no sólo a la creación en México sino aún a la idea misma del compromiso literario entre de los autores y la sociedad, entre éstos y la historia patria. Para ellos fue además prioritario experimentar a fondo con el lenguaje. Como remate de sus postulados, según su visión del autor moderno no existía

ya la obligación de escribir en y sobre el país de origen. Ni de hacerlo dentro de los cánones del *Boom* latinoamericano ni de ninguna ideología política. Todo lo anterior era para ellos ya historia. Y de la mala. Como lo expresaron desde el inicio del movimiento, cualquier autor literario—cosa que podría extenderse a creador artístico—tenía todo el derecho del mundo de escribir sobre los hechos del mundo entero. Así de sencillo.

Para lograr un retrato más justo del relato mexicano de hoy, quedaría por definir lo que ha venido sucediendo en los años más recientes con escritores y escritoras que ya no se encuadran dentro de la generación nacida en los cincuentas. Entre ellos, Eduardo Antonio Parra (1965), Adrián Curiel (1969), Guillermo Fadanelli (1963), Ana García Bergua (1960), Luis Ignacio Helguera (1962-2003), Malú Huacuja (1961), Jordi Soler (1963), Pablo Soler Frost (1965), Mayra Inzunza (1975), Mauricio Montiel Figueras (1968), Guadalupe Nettel (1973), Laura Emilia Pacheco (1963), Alejandro Toledo (1963), Blas Valdez (1972). La anterior es apenas una mínima selección de nombres, injusta como lo son todas, aunque de primera calidad. En ella figuran algunos de los autores y autoras mexicanos que han venido emergiendo con fuerza y haciendo ruido desde los albores del nuevo siglo. Y bueno, me imagino que la historia literaria estará haciendo ya los ajustes necesarios al canon a partir de los libros aparecidos hasta ahora.